

LA VOCACION PEBITERAL EN CAMBIO DE EPOCA

Cardenal François Bustillo, Obispo de Ajaccio (Francia)

Madrid, el 9 de febrero de 2026

Eminencia,

Excelencias,

Hermanos sacerdotes diocesanos y religiosos,

Hermanas,

Ante todo permitidme felicitar a vuestro cardenal y a los organizadores del convenio « Convivium » por esta iniciativa original y urgente en la Iglesia.

¿Podemos vivir y crecer sin objetivos en la vida ? ¿ Podemos crecer sin brújula y en una burbuja ? El Evangelio es para nosotros la brújula : *yo soy el camino, la verdad y la vida* (Jn 14,6). El Evangelio nos saca de nuestras burbujas : *id por todo el mundo y proclamad el Evangelio* (Mt 28,19-20). Sabemos que no estamos solos. El nos precede en Galilea (Mt, 28,7.10). Como sacerdotes, somos hijos de la Resurrección, enviados por el Resucitado, no podemos limitarnos a funcionar y a mantener el sistema eclesialístico.

Vivimos en la Iglesia y en la sociedad del siglo XXI, en 2026: en este contexto social y en esta época que es la nuestra, la vocación sacerdotal está llamada a ser fiel y fecunda. A través de la fuerza y de la creatividad del Espíritu Santo, el Señor nos protege de la tentación del miedo, de la pereza y del aburrimiento para ser testigos apasionados del Resucitado hoy.

Os propongo una reflexión en 5 puntos, para contribuir a la misión en Madrid. David ante el gigante Goliath, rechaza la armadura de Saul, porque es pesada y le impide la movilidad. Se sirve de 5 piedras lisas del torrente. Militarmente esta opción es ridícula pero el Señor le dará la victoria. David no sigue la normalidad táctica y estratégica, David se sirve de lo que sabe y de la sencillez profética.

1. El sacerdote un hombre auténtico.

Voltaire, en su cuento filosófico *El hombre de las cuarenta coronas*, relató esta terrible percepción de la vida monástica: *La vida monástica, se diga lo que se diga, no es en absoluto envidiable. Es un dicho bien conocido que los monjes son personas que viven juntos sin conocerse, viven sin amarse y mueren sin cariño alguno.* Una vida relacional trágica, sin amor, una vida fría y vacía. Aunque hable de los monjes, podríamos aprender del dicho también nosotros.

Otro refrán conocido en el ámbito eclesiástico medieval decía: *homo homini lupus, foemina foeminae lupior, sacerdos sacerdoti lupissimus.* Hay un crescendo en la hostilidad.

Esta visión no es muy optimista, pero es una buena provocación. Nos estimula a salir del conformismo y de la mediocridad.

El sacerdote tiene la hermosa responsabilidad de buscar en su vida y en su misión la autenticidad. No puede ser artificial o superficial. No puede vivir un personaje en el gran teatro de la vida. Tiene que vivir con su personalidad siendo coherente con el Evangelio.

Un ejemplo de novela puede ayudarnos: León Tolstoi en su corta novela *La muerte de Ivan Ilich*. No es un libro sobre la muerte sino sobre la vida. Ivan, un jurista enfermo, inmóvil en su cama, examina su vida, su pasado, su presente y piensa en su futuro.

Este hombre ha vivido una vida ordenada, correcta, adecuada y en la vida social es admirado. Una vida controlada, pero sin chispa. Cuando se pone enfermo descubre el dolor y la angustia. Enfermo y en su cama, cambia su mirada sobre los demás. Los médicos hablan con palabras técnicas, frías y sabias. Su familia, para no asustarlo, mantiene la educación social : son amables, educados, dicen lo que se puede decir en esta circunstancia sin hablar de cosas difíciles y desagradables. Ivan experimenta la soledad física y metafísica. En este contexto, una persona humilde y sobria, Gerasim, el joven mayordomo, es el único que actúa con sencillez y autenticidad. Le ayuda a desenvolverse en la enfermedad, está con él, le habla sin rodeos.

En su reflexión sobre su vida y su familia, Ivan se da cuenta que lo que nos salva no son los logros y las victorias profesionales, ni el estatuto social sino la verdad compartida, la compasión, la fuerza interior.

Al dolor físico que vive Ivan se añade otro dolor, el existencial. Se pregunta con realismo :¿ he desperdiciado la vida ? ¿He fracasado en mi vida ? ¿Me he equivocado ? Y la pregunta fundamental : ¿he vivido de verdad ?

Estas preguntas son importantes para nosotros sacerdotes. Tenemos responsabilidades, urgencias, vidas pastorales ajetreadas, agendas llenas, reuniones intensas... pero esta vida de acción, quizá frenética, ¿nos llena o nos vacía ? ¿ Nos cansa o nos llena de alegría ?

Nuestras vidas intensas son conformes, adecuadas, normales, hacemos lo que hay que hacer, asumimos nuestros deberes,... Pero podemos caer en la tiranía de la mirada social y eclesial.

Quizá hacemos las cosas para ser admirados o por cumplir con nuestra responsabilidad. Quizá, como decía la filosofía estoica, ponemos mucha energía en el *scopós*, es decir, en los logros, la fama, el éxito, las victorias pastorales y olvidamos el *telós*, es decir la alegría y la pasión que ponemos en nuestra misión.

Ahí está la conclusión de Tolstoi : podemos ganar la mirada social en el teatro de la vida y perder el gusto de la vida. Podemos hacer muchas cosas pero fracasar en la vida.

No hace falta ser el más listo, el más espiritual, el que más logros pastorales tiene, el más fuerte, el más famoso. Esa es la lógica profana. Gerasim, en la novela, es el más sencillo pero el más humano. Al final, su humanidad abraza y anima la humanidad de Ivan. Tolstoi nos dice que la vida auténtica no está en la apariencia sino en el amor.

Esta novela nos despierta y nos estimula a salir de vidas conformistas y formalistas para encarnar vidas sacerdotales auténticas. La vida es un regalo de Dios, es preciosa, tiene que ser libre y madura.

2. « *Ponte en marcha, ve a Ninive la gran ciudad* » (Jonas 1,2).

Tenéis ante vosotros una gran ciudad, Madrid, tenéis una misión, destinatarios y retos.

Conocemos muy bien las dificultades de la sociedad occidental. Hay muchos paganos, alejados, indiferentes y hostiles. Pero también conocemos a personas jóvenes espiritualmente vírgenes. Estos tienen sed y hambre de vidas auténticas, de vidas mejores, con sentido, con un rumbo y con un objetivo. Muchas vidas necesitan orientación.

A pesar del racionalismo, a pesar de las duras críticas de los filósofos del siglo XVIII, a pesar de la intolerancia, la ignorancia y la superstición que algunos veían en la Iglesia, a pesar de la doctrina de los maestros de la sospecha, a pesar de internet, a pesar de ciertas ideologías políticas... el mundo de la fe está ahí. La fe cristiana todavía vive.

Nuestro mundo, a veces llamado a-religioso o irreligioso, a veces pagano, a veces ateo, mantiene su espíritu. Lo sagrado nunca ha desaparecido, nunca desaparecerá. El hombre es el único mamífero consciente de su finitud. Siempre se preguntará sobre el sentido de la vida y sobre su destino final.

Durkheim, en sus famosos estudios sobre *Las formas elementales de la vida religiosa*, habló mucho sobre lo sagrado y lo profano. Su libro comienza con una definición de lo sagrado frente a lo profano. Las cosas sagradas son aquellas que están protegidas por prohibiciones, y las cosas profanas son aquellas a las que se aplican estas prohibiciones y que deben permanecer separadas de las primeras.

Lo sagrado y lo profano continúan su lucha en nuestra sociedad. En la actualidad, algunos teólogos lamentan una profanación de lo sagrado y una sacralización de lo profano, como dijo Dom Karl Wallner. Cuando Dios es expulsado de la vida, la superstición entra por la ventana. Entonces, ocurre una extraña mezcla entre lo sagrado, lo profano, ritos, mitos, idolatría, magia, paganismo, ...

La experiencia de lo sagrado es la experiencia de la irrupción de Dios en la vida ordinaria del hombre. La vida espiritual y lo sagrado son una respuesta a la angustia del ser humano ante su finitud y ante el miedo.

Los maestros de la sospecha se alegraron, creían ellos, de haber desalienado al hombre dissociándolo del Dios « vampiro de la humanidad », como lo llama Feuerbach.

El hombre sin Dios, el hombre técnico y científico se ha vuelto artificial y frío. Víctor Hugo ya lo dijo en su tiempo: *el gran error de nuestro tiempo fue de inclinar las mentes de los hombres hacia la búsqueda del bien material. El espíritu del hombre debe elevarse y dirigirse hacia la conciencia, hacia lo bello, lo justo, lo verdadero, lo desinteresado y lo grandioso. Es allí, y solo allí, donde encontrará la paz el hombre consigo mismo y con la sociedad.*

La espiritualidad cristiana ayuda al hombre contemporáneo a emerger del vacío y a buscar el sentido de la vida.

Es necesario convertir nuestra mirada. Quizás necesitamos ese colirio para untarnos en los ojos afín de que veamos (Ap 3,18). En una ciudad con

tantos retos es necesario que la audacia y la creatividad ganen contra el fatalismo y la pereza.

En la Iglesia, el pequeño número, la falta de medios y el cansancio de las comunidades podían justificar una actitud de prudencia o incluso de protección y vivir de una forma defensiva. Este movimiento es mortal. Nos encierra y nos entierra.

Hay momentos en la historia en los que es vital explorar nuevas formas de actuar y de vivir nuestra misión. Hay momentos en la historia en los que es vital no limitarnos a saber cosas. Einstein decía que la imaginación es más importante que el conocimiento. Pitágoras decía a sus discípulos que a veces hay que *dejar los caminos grandes para descubrir los pequeños senderos*.

Imaginar novedades no significa distorsionar o alejarse de la autenticidad del mensaje de Jesús. Incluir la imaginación en la misión para salir de la tentación de la mediocridad significa añadir a nuestra rica tradición el toque de la aventura según el Espíritu Santo.

El Señor nos confía una nueva era, la de la audacia misionera. Para lograr la fecundidad de esta misión, no debemos olvidar quiénes somos y de dónde venimos. La mentalidad mediocre se preguntará con fatalismo: "¿pero cómo vamos a acabar?, ¿qué va a pasar?" La mentalidad evangélica se pregunta con entusiasmo "¿dónde queremos ir? Cómo encarnar el Evangelio hoy?"

No somos ingenuos. Somos conscientes de las dificultades de la misión. Como dice con humor el cardenal Cantalamessa, San Pedro, con un sermón, convirtió a 3000 personas (cf. Hechos 2,41) y nosotros, con 3000 sermones, quizás convertiremos a una persona...

Los sacerdotes de Madrid del siglo XXI navegan por mundos diferentes y exigentes entre la logística y la mística, entre el hacer y el ser, entre ánimos y desánimos. Así es la vida. No estamos todavía en el Paraíso.

Pues en esta vida misionera los sacerdotes necesitan « vitamina C ». Cuando vemos que el cuerpo pierde su energía, pensamos enseguida a la vitamina C para animarnos y para seguir hacia adelante con fuerza y vigor. En la vida pastoral, ante los retos pastorales, necesitamos la energía del Espíritu Santo que recibimos en la ordenación para seguir con alegría nuestra misión. No olvidemos la palabras de san Pablo a Timoteo : *te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos. Porque no nos ha dado Dios un espíritu de cobardía, sino de poder, de amor y de dominio propio* (2 Tm 1,7). El Espíritu recibido en la ordenación no es un espíritu de cobardía, sino de fuerza y de amor.

3. Dadles vosotros de comer...No tenemos mas que 5 panes y 2 peces (Lc 9,13)

Muchos ven a los sacerdotes como hombres de organización y de animación. Eso hace parte de su misión. Pero el sacerdote es un hombre de fe. Tiene que pasar de la gestión a la visión. De la logística a la mística. El sacerdote es un hombre capaz de integrar en su vocación cambios y pasajes.

En la misión actual no podemos perder de vista las provocaciones de Jesús a sus discípulos para que crezcan en la fe.

La acción de Jesús es un salir fuera de lo común para abrir nuevos caminos. Jesus abre las mentalidades a la realidad del Reino de Dios. Él también salió de la perfección trinitaria para sumergirse en nuestra humanidad imperfecta. Va a las tierras paganas de Galilea, va hacia los alejados, se atreve a encontrar a los pecadores, toca a los enfermos, habla con quienes tienen sed de vida y amor, arriesga el encuentro incluso cuando no tiene respuestas positivas. Jesús se arriesga dejando atrás el "siempre lo hemos hecho así", o con una frase más evangélica : « habéis

oído » y construye una mentalidad nueva. Jesús provoca a sus discípulos para ir más allá de los límites fáciles de la seguridad.

En el Evangelio de Lucas, después de predicar a las multitudes, Jesús invita a Pedro y a los discípulos a *salir al mar abierto*, hacia el mar profundo (cf. Lc 5,1-11). Les empuja a arriesgarse a ir allí donde no tienen seguridad, donde están en territorio sensible, allí donde no lo controlan todo, donde pueden sufrir fracasos, incluso donde pueden morir. El camino del riesgo es el camino de la fe. Jesús, a pesar del fracaso y del cansancio de sus discípulos los envía hacia el mar abierto y profundo. La misión de los discípulos de Jesús no es la de los discípulos de los fariseos y escribas. Jesús se aparta de la concepción religiosa muy académica de su época.

Ante el milagro, Pedro le dirá: "*Apartate de mí, porque soy un hombre pecador*" (Lc 5,8). Pedro está sorprendido y perturbado por dentro. Pedro empieza a entender la nueva misión. Esta misión cambia a las personas, las sorprende, las desplaza. No es una misión automática y mecánica. No estamos en el espíritu de geometría de Cartesio. La misión empieza cuando se escucha y se obedece a las palabras de Jesús. La fe nace de la escucha.

Otro ejemplo. En el pasaje de la *multiplicación de los panes* (cf. Mt 14,14-21). Jesús tiene compasión porque las multitudes tienen hambre y están lejos de pueblos habitados. Los discípulos proponen a Jesús ser "realista" y pragmático. La multitud es grande, el lugar está desierto y no tienen comida para alimentarles. Jesús no cede ante la solución fácil y cómoda, la solución "normal y lógica". Jesús, una vez más, se atreve a decir a sus discípulos: *no necesitan irse, dadles vosotros mismos de comer* (Mt 14,16). ¿Cómo alimentar a una tal multitud? Los discípulos, a través de la calma y el orden de Jesús, son iniciados a la aventura de la fe. Tendrán que escuchar a Jesús y ver que con cinco panes y dos peces satisface a la multitud.

En estos dos ejemplos, a los discípulos, muy pragmáticos, Jesús no les pide que se organicen bien logísticamente, sino que hagan un acto de fe. Que vivan no con miedo sino con confianza. Nuestro tiempo nos presenta muchos retos en los que vemos los riesgos de avanzar en alta mar y los riesgos de reabastecernos con alimentos que consideramos insuficientes. Entonces, como ahora, las preguntas son las mismas. ¿Cómo avanzar mar adentro? Es demasiado peligroso. ¿Cómo alimentar a las muchedumbres? No tenemos suficiente.

Pero para salir de una concepción excesivamente humana de la fe, a menudo vinculada a estadísticas y tácticas, nuestra Iglesia, pobre en recursos debe despertar la creatividad y la serenidad de la fe. Donde nosotros vemos callejones sin salida, Jesús abre pasajes. Tenemos que desarrollar una mentalidad pascual, capaz de creer en la apertura de nuevos pasajes.

En el momento del *envío de los setenta y dos* (cf. Lc 10,1-12), Jesús arriesga la misión con sus discípulos. Les dijo: ¡id! Ya en su tiempo Jesús notó que la cosecha era abundante y los trabajadores pocos. Jesús podría haber dicho: vamos a prepararlos para que sepan predicar, para que sepan cómo contactar con la gente, cómo comunicar con la gente, para que su contenido teológico sea preciso, etc. Pero no, los envía con una misión poco preparada tácticamente pero con su palabra y la confianza.

Estos ejemplos, y hay muchos otros en los Evangelios, nos ayudan a salir de una mentalidad calculadora y a iniciar la aventura de la fe. Sin las provocaciones de Jesús, sería fácil y cómodo no actuar porque, como decimos a menudo: "las circunstancias no lo permiten", «no es el momento», «es arriesgado»,... conocemos todas fórmulas de este tipo que pueden provocar la parálisis de la misión.

El Espíritu Santo, desde Pentecostés, nos ha estado visitando con su poder para evitar que caigamos en una mediocridad estéril y en un miedo atrofiador. El Espíritu Santo hace saltar las ventanas cerradas, las puertas

cerradas y los corazones cerrados para que la acción de la Iglesia salga del miedo o del complejo de incapacidad y proclame la Buena Nueva.

Hoy los sacerdotes para seguir su misión en esta ciudad tienen que superar tres peligros : la amnesia, la tibieza y la anemia.

El peligro de la **amnesia**. El reproche del ángel a la Iglesia de Éfeso nos conmueve: *Tengo contra ti que hayas olvidado tu primer amor* (Ap 2,4). Para un sacerdote, el primer amor, el del primer encuentro en el misterio de la vocación, se fortaleció el día de la ordenación porque la Iglesia, a través de su oración al Señor, le dio la gracia del Espíritu y las riquezas de la gracia, como hemos visto. Como sabemos, en la tradición bíblica uno de los mayores pecados es la amnesia espiritual. Olvidar la acción de Dios en la vida humana es un peligro. María, canta su *Magnificat*: *el Poderoso ha hecho maravillas por mí* (Lc 1,49). María conserva como una fuerza interior el recuerdo de un Dios que actúa en su vida. El sacerdote no debe cantar sus lamentaciones, sino recordar que Dios es fiel y que no abandona a los suyos.

El sacerdote está bendecido por su vocación y por su unción, por lo tanto, es portador de dones espirituales. El sacerdote no recibe estos dones solo para tenerlos y acumularlos, sino para compartirlos.

El peligro de la **tibieza**. El equivalente bíblico de la mediocridad es la tibieza. El Apocalipsis lo dice: *Conozco tus obras, sé que no estás ni frío ni ardiente (...) como estás tibio, ni frío ni caliente, te vomitaré por mi boca* (cf. Apocalipsis 3,15-16).

En la parábola del sembrador, Jesús enseña que en la vida puede haber cierta superficialidad o ciertas preocupaciones que nos impiden crecer con pasión. Jesús dijo: *La semilla cayó sobre el suelo pedregoso, donde no tenían mucha tierra; se levantó de inmediato, porque la tierra era poco profunda. Cuando salió el sol, la quemó y, por falta de raíces, se secó. Otros han caído entre las zarzas; las zarzas crecieron y las ahogaron* (Mt 13,5-7). En la parábola, la semilla no

alcanza la madurez. Está el entusiasmo de los orígenes, pero falta perseverancia, profundidad y madurez.

El Papa Francisco, en su homilía del 26 de septiembre de 2019, comentando el pasaje de Ageo, habla de la tibieza eclesial como "la paz de los cementerios". La tibieza por miedo o pereza convierte nuestra vida en un cementerio. Ya no hay vida, sino la lentitud de la muerte. La tibieza impide el movimiento porque la mentalidad está parasitada por los frenos como: *esperemos, ya veremos, no lo sé, no es el momento*, etc. La tibieza instala al hombre en una atrofia existencial. Es la crisis de la no elección por haber perdido el sentido y el gusto de la vida.

El peligro de la anemia. A veces el cuerpo puede experimentar el cansancio, el vértigo, la falta de fuerza. Y la anemia muchas veces llega por falta de hierro. La anemia espiritual o pastoral nos impide de actuar, de arriesgar, de darnos totalmente. El cansancio humano o espiritual nos cambia la mentalidad y nos deja caer en el inmovilismo, en la falta de interés y de pasión. Habéis recibido gratis, dadlo todo gratis (Mt 10,8). La lógica del don de sí mismo, nuestra vocación, nos lleva a imitar a Jesús que lo dio todo. No dio un 20% o un 50% o un 90%...dio la vida. Dio su vida.

4. Pedro me amas ? Pastorea mis ovejas (Jn 21,15-17)

Somos sacerdotes para amar, no solo para la gestión, la animación y la organización. Nuestra vocación es amar.

Meditemos sobre este texto de San Juan. El sacerdote no es un leader, en el sentido moderno, es un pastor y sobre todo es un pastor discípulo. No olvida de quién es el rebaño.

Cuando comieron, Jesús le dijo a Simón Pedro: "Simón, hijo de Juan, ¿de verdad me amas más que a estos?" Él respondió: "¡Sí, Señor! Lo sabes: te quiero. Jesús le dijo: "Sé el pastor de mis corderos." (Jn 21,15-19).

Cuántos hermosos comentarios teológicos y bíblicos conocemos sobre este texto de Juan. Me gustaría subrayar, en el contexto de nuestra meditación, un aspecto. Jesús resucitado, tras comer en la orilla con sus discípulos, le hace preguntas a Pedro. Las preguntas de Jesús son sencillas y nos muestran una forma de ser pastores. Jesús primero plantea la pregunta del amor y, una vez obtenida la respuesta, da la misión a Pedro. El Resucitado le pide a Pedro si le ama. El amor al Señor precede la misión de guiar al rebaño.

Hoy, para los sacerdotes del tercer milenio, ante los numerosos desafíos cuantitativos y cualitativos, es importante no olvidar las prioridades. La tentación de las solas estrategias pastorales pueden ser un peligro para la salud humana y espiritual del pastor y para la solidez del rebaño. Este texto de Juan nos recuerda lo esencial en nuestra vida. Antes de acompañar a las ovejas, debemos amar a Cristo. De la primacía del amor al Señor fluye la misión y no al revés. No podemos guiar, reunir y orientar a un pueblo si no amamos al Señor. La acción, incluso la buena acción, sin amor, se convierte en una función fría. La misión en nombre del amor es siempre fecunda. El pastor es todo lo contrario de un funcionario. El Papa Francisco decía que el sacerdote debe mantener *el amor con Cristo sin resistencia ni distancia* (Misa del Crisma, 24 de marzo de 2016).

Con Jesús pasamos del amor humano y amistoso al amor divino y entregado. Nos desafía a responder a la responsabilidad de nuestra llamada evitando respuestas obvias y formales. El pastor está llamado a amar a las ovejas con el amor de Dios, yendo más allá de un simple amor humano. Nuestro amor personal es limitado, herido, imperfecto. El amor de Dios no tiene límites. El amor de Dios, a pesar de nuestras limitaciones, confía en nosotros. Benedicto XVI, en la Misa del Crisma de 2006, invitó a los sacerdotes a mantener la amistad y la confianza con Jesús, diciéndoles: *Ya no os llamo siervos, sino amigos: en estas palabras incluso se podía ver la institución del sacerdocio. El Señor nos hace sus amigos: nos confía todo; nos confía su persona, para que podamos hablar en su nombre —en persona Christi*

capitis. ¡Qué confianza! Realmente se ha puesto en nuestras manos. Los signos esenciales de la ordenación sacerdotal son básicamente todas las manifestaciones de esta palabra: la imposición de manos; la entrega del Evangelio - de su palabra que nos encomienda; La presentación del cáliz a través del cual nos transmite su misterio más profundo y personal. El poder de la absolución también forma parte de todo esto.

Nuestra forma de gobernar no es profana, es evangélica. Un pastor no gestiona un rebaño, aunque sea eficiente, primero lo ama. Este es el ADN del pastor según Jesús. Ama antes de actuar, ama antes de gobernar. Cuando el amor es la fuerza motriz del pastor, su acción es fructífera. El amor que Jesús pide a Pedro es un amor exigente. No es un amor poético. Las preguntas de Jesús a Pedro, en su pedagogía repetitiva, derriban los muros del formalismo y de la evidencia. Jesús ayuda a Pedro a pasar de un amor natural a uno sobrenatural. Un pastor debe amar a sus ovejas libremente, con madurez espiritual.

Si Jesús nos preguntase: ¿Y tú, me amas? No esperaría respuestas de este tipo: claro que sí, conozco gente, dirijo grupos juveniles, educo a niños, mis homilías están bien preparadas, tenemos grupos que cuidan a los pobres, salgo a la calle a evangelizar, etc. Todo esto es maravilloso, pero la pregunta de Jesús quiere tocar el corazón del sacerdote. Simplemente nos dice: ¿tú, mi sacerdote, me amas? ¿Pasas tiempo conmigo? ¿Soy tu Dios? ¿Estoy en el centro de tu vida? ¿Nos encontramos en comunión y en la unción?

Este amor tiene que manifestarse también en la vida ordinaria, en la vida eclesial, en el presbiterio. La fraternidad sacerdotal según *Presbyterorum Ordinis* es sacramental (PO 8).

El gesto de la imposición de manos en la ordenación sacerdotal crea una verdadera comunión entre los sacerdotes y con el obispo. *En virtud de su ordenación, que les introdujo en el orden sacerdotal, los sacerdotes están íntimamente vinculados entre sí por fraternidad sacramental* (cf. *Presbyterorum*

Ordinis, 8). El Concilio Vaticano II habla de una fraternidad sacerdotal sacramental. Este término es importante. Ante los peligros del aislamiento y del individualismo, la Iglesia, Madre, nos recuerda que entre nosotros se creó un vínculo sacramental de fraternidad el día de la ordenación. El vínculo no es solo afectivo y formal, sino sacramental. Un sacerdote nunca estará solo. La fraternidad no está reservada sólo a los religiosos. La ordenación nos ha unido unos a otros por el poder del sacramento. Este vínculo es la comunión. Una vida sacerdotal fraternal es posible y deseable, es profética para nuestro tiempo.

En tiempos en los que la división es tan fácil en nuestra sociedad polarizada, la Iglesia y los sacerdotes tienen que ser profetas. Ir contra corriente. Salir de la facilidad de distribuir etiquetas que disecan a las personas, como pasa en Francia...Este es de izquierdas o de derechas o carismático, o carca o moderno,...Que tengamos una historia y sensibilidades no significa que tengamos que dividirnos y ver a los demás como una amenaza. El colegio apostólico no es clonado, los apóstoles son diferentes pero no están divididos. Muchas veces predicamos las diferencias pero no las vivimos. Me parece un signo de madurez espiritual y eclesial cuando celebramos la unidad con los que son distintos de nosotros.

¿Cuál es la palabra en la liturgia que define a todos los fieles? Es sencillo: "Hermanos". No es solo una fórmula ritual que define nuestra forma de estar en la comunidad según el Evangelio. Somos hermanos. Sabemos que la fraternidad no es automática, requiere una conversión real. Si la vida sacerdotal muestra una fraternidad formal y artificial, será estéril. Si, en cambio, la fraternidad no es un ideal, ni un sueño, ni una utopía, sino una experiencia, entonces la vida es **fraternal**. Esto significa que los sacerdotes viven lazos constructivos porque pueden apoyarse mutuamente. La fraternidad sacerdotal nos protege de un cierto "autismo eclesial" en el que cada uno vive como quiere, lejos de otros sacerdotes y, quizás, protegiéndose de otros sacerdotes. El Papa Francisco, hablando de nuevo

ante sacerdotes en la catedral de Bolonia el 1 de octubre de 2017, dijo que el lugar natural para vivir en la fraternidad sacerdotal es el presbiterio. Insistió lo importante que es pertenecer a una diócesis, a una iglesia local, a una familia.

En una sociedad tensa y fracturada, la unidad de la fraternidad sacerdotal desafía las conciencias. Jesús había orado para que sus discípulos fueran uno (cf. Jn 17,22). La unidad proviene de la oración entre el Padre y el Hijo en el Espíritu. La unidad fraternal del cuerpo sacerdotal debe alimentarse del amor de Dios.

5. Hago nuevas todas las cosas nuevas (Ap 21,5)

La novedad de Dios, su nacimiento en Navidad, su original irrupción en la historia es fundamental para una sociedad como la nuestra un poco cansada y envejecida.

Nuestra fe, tan antigua y tan nueva, lleva en su ser la Buena Noticia del Evangelio. El Evangelio abre el horizonte, libera la mente y muestra nuevos caminos.

Como sacerdotes tenemos la responsabilidad de no robar los sueños, la esperanza y la alegría de las personas que caminan con nosotros. Tenemos la responsabilidad de no sofocar los sueños que están en nosotros.

En un tiempo como el nuestro, cuando la pobreza de la Iglesia es tan visible, soñar es urgente. Es gratis, como dicen. No se trata de huir de la dura realidad, sino de despertar la creatividad y la audacia. El mundo ha sido desfigurado por las guerras y la violencia. Pero el mundo puede transformarse gracias a aquellos que se atrevieron a soñar con un mundo mejor. Podemos pensar en el hermoso pasaje bíblico de José y sus hermanos. Los hermanos celosos, al ver llegar a su hermano menor, dicen: aquí está el hombre de los sueños y lo arrojan a un pozo (cf. Génesis 37,19-20). Lo entierran simbólicamente. ¿Deberíamos tirar nuestros sueños a un

pozo? ¿Nuestros deseos? ¿Nuestros proyectos? ¿Qué espacio damos a los hermanos que sueñan? ¿A los sacerdotes que sueñan? Nuestro tiempo necesita explorar otros caminos.

Vivimos en una Iglesia que no sueña lo suficiente. ¿Tenemos un corazón y una mente viejos? A veces por miedo oponemos creatividad y fidelidad, responsabilidad y audacia, imaginación y profundidad.

La Iglesia en su historia ha hecho soñar. Cuando vemos la arquitectura, las catedrales, la pintura, la música, el canto gregoriano, la cultura, las misiones, etc. El mundo lleva la huella de la sublime fecundidad creativa de la Iglesia.

El profeta Ezequiel anuncia con fuerza la novedad traída por la acción del Espíritu de Dios: *Te daré un corazón nuevo, pondré en ti un espíritu nuevo* (Cf. Ez 36,26-28). Los verbos están en el tiempo futuro. Se acerca una nueva era. Quitaré, daré, pondré, haré, ... En el "yo" Dios actúa directamente, Dios abre un tiempo nuevo. Dios no sueña con un corazón viejo y con una mente vieja para la humanidad. En la novedad de Dios anunciada por el profeta se abre un movimiento de esperanza en el futuro. Dios es fiel y no abandona a los suyos.

Jesús en el Sermón de la Montaña abre una nueva perspectiva para la humanidad. Comienza con las Bienaventuranzas y continúa diciendo **"habéis oído, pero yo os digo"**. Como en las palabras de Ezequiel, Jesús pasa de lo viejo a lo nuevo. En el "yo os digo", Jesús trae una gran novedad para la humanidad. No propone un proyecto político o ideológico, propone una vida nueva, diferente, emocionante. Jesús quiere cambiar al hombre cansado por la rutina y el aburrimiento abriendo una nueva vida llena de esperanza. Santa Teresa de Ávila dijo en el momento de su conversión: "pasé de tener un alma cansada a tener un alma apasionada".

Cuando Jesús dice amaos los unos a los otros y amad a vuestros enemigos, abre una nueva perspectiva. Cuando Jesús nos dice no juzgues, no

condenes, comparte, sé misericordioso, ten compasión abre una nueva forma de estar con los demás. La nueva vida de los discípulos de Cristo elimina el espíritu de venganza y de violencia e inaugura el camino de la benevolencia.

La Iglesia, a veces, hace llorar en vez de hacer soñar. El objetivo no es ceder a un mesianismo ingenuo. El objetivo no es "salvar" sino vivir. No podemos limitarnos a existir, tenemos que vivir y vibrar. Es importante, en este momento de la historia, no aceptar una mentalidad fatalista, triste o nihilista, es importante no ceder a la pasividad y al envejecimiento. El general MacArthur dijo en su discurso a la juventud en 1945: *uno envejece porque abandona su ideal. Los años arrugan la piel; Renunciar al ideal arruga el alma. La juventud es la victoria de la aventura sobre la comodidad.*

Hoy, para la Iglesia es importante alejarse de una visión protectora de conservación y escuchar lo que el Espíritu dice a las iglesias (cf. Ap 2, 7). Los términos novedad, imaginación, creatividad, audacia no son peligrosos. No se trata de borrar el pasado y la Tradición con ideas innovadoras que distorsionen o desvíen nuestro patrimonio. En la Iglesia no podemos reducirnos a ser organizadores y gestores, tenemos que ser visionarios. O, si quieren, con un lenguaje bíblico, tenemos que estar más en el profetismo que en la logística.

La Palabra de Dios nos provoca a superar el miedo y el conformismo: *no recordéis más los acontecimientos pasados. Aquí estoy haciendo algo nuevo: ya está germinando, ¿no lo veis? Sí, abriré un camino en el desierto con ríos en los lugares áridos* (Is 43,18-19). Esta palabra nos habla de novedad, de caminos en el desierto, de ríos en lugares áridos. Dios, el Creador, continúa su obra abriendo nuevos caminos.

Hoy, en el increíble mundo en el que vivimos, nuestros desafíos son infinitos. Debemos tener en cuenta y respetar la salud, el ritmo y el carisma de cada uno. Pero, los sacerdotes apasionados pueden soñar y ver más claramente, más lejos y más alto.

Nuestra vocación es amar. Para amar tienes que darte a ti mismo. Cuando creemos amamos y nos entregamos. Hay una hermosa fecundidad.

Si queremos un cielo nuevo, una tierra nueva y una nueva Iglesia, nuestros discernimientos deben proyectarse más allá de lo obvio. Es crucial, para los hombres y para la Iglesia, salir de nuestras zonas de confort. La misión requiere la contribución de la imaginación. Nuestra Madre Iglesia, aunque anciana, lleva dentro de sí una vida poderosa. Hemos heredado estructuras materiales y organizativas del pasado. La gestión de las estructuras no debe sofocar el sueño y la frescura de una Iglesia joven y nueva, creativa e imaginativa, en un mundo secularizado.

Un sacerdote favorece la vida, genera nuevas vidas, recibió el Espíritu Santo el día de su bautismo y la unción para la misión sacerdotal para salir de los cenáculos que nos encierran. Jesús se lo dijo a Nicodemo: *uno debe nacer de lo alto. El viento sopla donde quiere: escuchas su voz, pero no sabes de dónde viene ni a dónde va. Así es para aquellos que nacen del viento del Espíritu* (Jn 3,7-8). La libertad y la fuerza del Espíritu Santo en la Iglesia tiene el poder de despertar la creatividad que nos estimula, la benevolencia que nos une y la fraternidad que nos fortalece.

Conclusión

Schopenhauer dijo esta terrible frase: *la vida oscila, como un péndulo de derecha a izquierda, del sufrimiento al aburrimiento*. Nuestra sociedad necesita vida, amor y alegría. No una alegría emotiva sino pascual. No un amor romántico sino místico. La Iglesia debe celebrar la vida y la

esperanza a través de los ritos litúrgicos y gracias a un estilo de vida coherente, sereno y feliz.

Jesús nos dejó su alegría para que pudiéramos difundirla en el mundo. Nuestra misión no se limita a la acción. Los sacerdotes no son comerciantes de lo sagrado. Si nuestra misión no está animada por el espíritu del Evangelio, tendremos una actuación profesional sin alma. El mundo necesita testigos del Evangelio que puedan decir a los demás: ¡tu vida es una alegría, gracias por existir! El mundo necesita testigos del Evangelio para encarnar el amor del Señor, diciendo a los demás: ¡tu existencia es una bendición! Esta bendición no puede reducirse a un gesto litúrgico. Es un proyecto de vida y de felicidad para los creyentes y para los buscadores de sentido en un mundo que emerge poco a poco de la hibernación espiritual.

La vida sacerdotal no es como la vida política y social. No está hecha de alternancias, sino de alternativas evangélicas para alimentar una vida sacerdotal renovada.

Hermanos sacerdotes de Madrid, vivid un sacerdocio fiel y feliz. En la fidelidad hay fecundidad.